

## LA COLOCACION DE UN BUZON

POR PAGOETA

Un estrecho y pedregoso sendero se destaca serpenteando del paisaje. Por él van subiendo un grupo de montañeros para los cuales hoy no es un día cualquiera. Son todos de un modesto grupo de montaña, de esos que cuentan con muchas ilusiones y pocos medios, que van a colocar en aquella cima que se les presenta a lo lejos un hermoso buzón.

Son exactamente doce los que suben, de los cuales ocho forman la directiva de la sociedad. No creamos por eso que en ella no hay más socios, pues en realidad hay bastantes más. Así, aparte que los que no han podido venir, hay unos que aunque antes fueron entusiastas montañeros, ahora se conforman solamente con pagar la cuota mensual; otros que son socios simpatizantes, pues les gusta ayudar a este deporte y por último hay otra parte que son socios de compromiso que nunca subirán al monte. Sin embargo, este pequeño grupo es todo afición, compañerismo, espíritu de sacrificio y están verdaderamente enamorados de la montaña.

Ese buzón es fruto de su trabajo. Uno lo hizo en madera, otro en hierro, un tercero hizo la placa, grabando letra a letra cada vez que el encargado del taller se ausentaba, y por fin reunidos en el pequeño reservado de un bar, que es el local de la sociedad, lo pintaron. Así que hoy es el día en que van a ver culminados todos sus trabajos.

Han llegado a una pequeña aldea, la vieja y ronca campana de la iglesia está llamando a los fieles a misa. De cada casa empieza a salir gente que se dirige a cumplir con el precepto dominical, y mira con curiosidad a los recién llegados.

El grupo se ha parado aquí, pues es el último sitio donde van a encontrar agua y necesitarán en el momento de colocar el buzón. Tras un momento de indecisión el grupo se divide en dos; unos siguen adelante con el buzón, el cemento, y las herramientas y los demás se quedan para subir agua.

El trayecto que les queda es muy pendiente y el fuerte viento que azota les hace más penosa la subida. Sin embargo, relevándose el peso a menudo, el primer grupo llega pronto a la cima. Ya en ella, han buscado un sitio apropiado

y se han puesto a picar en la dura piedra. Allá abajo ascienden lentamente los otros, llevando consigo un gran garrafón que han llenado completamente de agua. El que lo lleva ahora al hombro pide ayuda, y el que se lo coge casi se tambalea bajo el peso, pues es demasiado joven para ello; no obstante poco a poco llegan arriba.

Todos juntos de nuevo se ponen a colocar el buzón y así en poco tiempo queda sólidamente fijado en la roca.

Hace frío, mucho frío, el viento es helado y el grupo colocado alrededor de su obra se dispone a inaugurarla. No será una inauguración solemne, será simple, sencilla, como corresponde a un grupo modesto.

Se descubren. Se hace un silencio y una piadosa oración empaña la cumbre. Piden por todo el grupo y por un montañero muerto en accidente de montaña a quien recuerdan siempre en estos actos. Su vida dedicada por entero al montañismo es un vivo ejemplo que aún los que no le conocieron tienen presente.

Terminada la oración, hay un momentáneo silencio y luego rompen de nuevo las risas y bromas en el grupo, formado en su mayoría por chicos jóvenes. En una tarjeta que estrenará el buzón ponen todos sus nombres, luego aparece una máquina fotográfica y, ¡clic! Será un agradable recuerdo.

Todavía permanecen un rato allí. El paisaje es espléndido y allá a lo lejos, cumbres cubiertas de nieve, presagian que pronto también el recién estrenado buzón se verá cubierto del blanco manto.

Ahora se ponen de nuevo en marcha, han dado por terminada la empresa que tanto tiempo han estado planeando. Muchos les tendrán por raros, no comprenderán cómo se puede trabajar toda una mañana en hacer una cosa que no les va a reportar ningún beneficio material, pero ellos que poseen un «algo» que los demás no tienen bajan satisfechos y contentos. Sin embargo, una pregunta flota en el ambiente. ¿Cuánto tiempo durará? ¿Subirá alguno que lo destroce? Seguramente llegará un día, quizá no muy lejano en que pase alguien que lo rompa, entonces podréis tener la seguridad de que no habrá sido un montañero, por lo menos no se merecerá nunca ese nombre.